

y cede en los últimos tiempos a la renovación y crisis del Vaticano II. La diócesis toledana es un buen resonador de los problemas de la Iglesia universal y española. De la Iglesia muy politizada en casi todo el siglo XIX (la que se describe en el volumen I) se ha ido pasando a una Iglesia más volcada a los servicios pastorales y sociales (como se aprecia en buena parte del volumen II).

Las dos columnas documentales del trabajo son los fondos manuscritos del Archivo Diocesano de Toledo (el Simancas de Castilla-La Mancha), y el Boletín Eclesiástico del Arzobispado de Toledo, que ha sido utilizado con destreza por el autor, lo que le ha permitido obtener una preciosa información y llenar muchas lagunas. El autor aprovecha bien la bibliografía complementaria, aunque es claro que una obra de conjunto no puede ser exhaustiva. El último capítulo se dedica al largo pontificado de don Marcelo (1972-1995), del que se hace un resumen muy positivo, teniendo en cuenta su legado cultural, su actitud de cercanía con todos (que le ha merecido la amistad y colaboración de las autoridades) y una actividad demostrada con hechos. Un seminario que, en tiempos de sequía vocacional, ha dado 414 sacerdotes (384 diocesanos) es sin duda un hecho interperante.

Por último, hay que destacar las numerosas ilustraciones, grabados, cuadros o fotografías de personas, edificios o tipos populares; reproducciones de libros, revistas y hojas sueltas. Estas ilustraciones se agrupan en apartados temáticos, que facilitan una explicación visualizada de los asuntos más importantes.—M. REVUELTA GONZÁLEZ.

COLM LENNON, *An Irish Prisoner of Conscience of the Tudor Era. Archbishop Richard Creagh of Armagh, 1523-1586* (Dublin, Four Courts Press, 2000), 166 pp. USD 30. ISBN: 1-85182-473-1.

Colm Lennon es un especialista en historia de Irlanda de la época isabelina. En este libro presenta una biografía de uno de los prelados irlandeses de la reforma católica que más repercusión ha tenido en la historia eclesiástica de Irlanda en la Edad Moderna. Los historiadores irlandeses siguen una línea biográfica que está dando buenos resultados respecto a los eclesiásticos (George Brown, John Bale, Richard Stanihurst, Peter Lombard, etc.), si bien hay ciertas lagunas importantes, como la biografía del franciscano Mateo de Oviedo, arzobispo de Dublín. El autor nos adentra en la azarosa vida de Creagh por medio de una narrativa ágil, con buena bibliografía y documentos inéditos del Archivo Vaticano y del Archivo Romano de la Compañía de Jesús. Lennon nos introduce también en el mundo de la Reforma y de la Contrarreforma en el siglo XVI en Irlanda. No se trata de una hagiografía, a pesar de que escribe la obra por encargo del Postulador de la Causa para su beatificación y canonización. Relucen aspectos interesantes de historia social y cultural de la «New Irish Reformation History».

Richard Creagh nació en Limerick, una vez hubo adquirido un buen conocimiento del latín fue a estudiar a la Universidad de Lovaina (1549-1555) gracias a una ayuda económica proporcionada por Carlos V. Allí obtiene la licenciatura en teología en 1555. Ordenado sacerdote comienza a tener buenas relaciones con jesuitas, teatinos y franciscanos. Ignacio de Loyola le recomienda al Cardenal Pole para su nombramiento como obispo de Limerick, posiblemente informado por el jesuita irlandés

David Wolfe, amigo suyo desde la infancia. Regresa a Limerick para ayudar al nuevo obispo Hugh Lacy en las tareas apostólicas más urgentes, siguiendo las nuevas orientaciones tridentinas, toda vez que Creagh era considerado un elemento activo de la Reforma Católica. Su objetivo principal es la formación de los gaélicos del norte, que todavía no habían recibido el influjo reformador de la Iglesia Católica. Escribe un catecismo bilingüe, donde recoge los decretos de las dos primeras sesiones del Concilio de Trento. Paulo IV le había pedido que fundara algunos colegios para la educación de la juventud. En 1562 decide acudir a Roma con el deseo de hacerse religioso, dado que tiene mala salud. Acude a las últimas sesiones del concilio de Trento y allí conoce a los tres obispos irlandeses presentes en la asamblea. Entra en contacto con el secretario de la Compañía de Jesús, Juan de Polanco, y con cardenales reformadores como Bellarmino y Otto Truchsess. Se percata de que un buen medio para activar la Reforma en Irlanda es fundar colegios de la Compañía de Jesús. En 1564 Paulo IV le nombra arzobispo de Armagh, sede primacial, y le concede a él y a David Wolfe autoridad bastante para fundar colegios y una universidad en Irlanda bajo protección papal. Tiene correspondencia con Francisco de Borja, general de la Compañía de Jesús, sobre cómo llevar a cabo sus propósitos. Regresa a Irlanda, pero fue capturado, si bien logra escapar milagrosamente. Permanece un año entero en España y los Países Bajos. Vuelve a Irlanda a través de la costa de Francia en 1566, pero fue capturado de nuevo y puesto en la cárcel. Sabía que era muy difícil cumplir la obligación tridentina de acudir cada tres años en visita ad limina a Roma. A finales de 1567 fue enviado a la Torre de Londres acusado de traidor por colaborar con el rebelde Shane O'Neill. De los últimos seis años de su prisión apenas hay datos. El autor da crédito a la tradición hagiográfica de que fue envenenado, porque era un símbolo del catolicismo, un hombre peligroso para el régimen isabelino, toda vez que había caído sobre ella la sentencia de excomunión de Pío V.

La biografía es enriquecedora, si bien todavía hay algunos lugares oscuros, como dónde adquirió tan buena formación humanista antes de ir a Lovaina, la fecha de su ordenación, la escasez de datos de los últimos seis años de prisión, las pruebas del envenenamiento, su fecha de muerte, y el lugar de entierro. Lennon conoce bien el ambiente político europeo del momento y sabe conectar todas las circunstancias que hacían de Creagh un peligro para la política inglesa de conquista sobre Irlanda. Queda por determinar la localización del catecismo que escribió, abundar en su buen conocimiento del gaélico (incluso escribió una gramática). Por otra parte, no parece posible que conociera a Polanco en Lovaina, sino en Trento. Más que un prisionero por su «conciencia» —veía posible ser católico y fiel a la reina—, detrás hay una fidelidad a los proyectos reformadores, que hacían peligrar el programa isabelino sobre la Iglesia Anglicana e incluso su propia corona, se trata de fidelidad a la Iglesia según Trento. Dadas las continuas e importantes conexiones con agentes políticos y eclesiaísticos de España se podía haber profundizado sobre el papel que tiene la Monarquía hispánica en Irlanda —en 1571 se decide su invasión—, lo cual podría haber enriquecido más la biografía de Creagh, con la bibliografía hispana (Diego de Yepes, hace mención a Creagh, la Colección de Documentos Inéditos es importante para este período) y documentación inédita procedente del Archivo de Simancas.

Una buena biografía de una personalidad poco conocida en España, pero que tuvo importantes relaciones con embajadores, militares, obispos, e incluso intercedió por él el propio Felipe II. Lennon aumenta con este libro la lista de publicaciones sobre irlandeses que estuvieron en España y que dejaron su huella. Esta línea de in-

vestigación de los exiliados en la Monarquía hispánica ya ha dado frutos (Thomas O'Connor, Declan Downey) y confiamos que los historiadores irlandeses se sigan dedicando a este campo.—ENRIQUE GARCÍA HERNÁN.

MARY SALAS LARRAZÁBAL - TERESA RODRÍGUEZ DE LECEA, *Pilar Bellosillo: Nueva imagen de la mujer en la Iglesia* (Madrid, Acción Católica, 2004), 301 pp. ISBN: 84-7001-076-X.

A pesar de la gran trascendencia que la Acción Católica española tuvo dentro de la Iglesia durante el franquismo, éste sigue siendo uno de los campos más necesitados de nuevas aportaciones por parte de la historiografía: particularmente, la Acción Católica general, porque sobre la especializada (HOAC, JOC, etc.), ya vamos contando con diversas monografías. En ese sentido, el reciente fallecimiento de la seglar Pilar Bellosillo (enero de 2003) dio pie a la periodista Mary Salas y a la filósofa Teresa Rodríguez de Lecea a escribir una biografía sobre esta insigne católica, siendo el resultado un libro interesante que, de alguna manera, trata de abrir camino en la difícil senda de la Historia protagonizada por las mujeres de Acción Católica.

Desde el punto de vista formal, se evidencia que la obra no ha sido escrita por historiadores profesionales. Desde luego, lo que parece evidente es que se trata de una especie de libro-homenaje, como muestra el hecho de que en numerosas ocasiones la persona biografiada sea llamada sencillamente «Pilar», mostrando un importante tono de afectuosidad y también de admiración; lo que no resulta extraño, porque una de las autoras, Mary Salas, era amiga personal de Bellosillo. Además, hay un exceso de narración y un cierto *déficit* de análisis. La bibliografía es escasa y en ocasiones está mal citada, y se detectan algunos errores, como llamar al Obispo de Tortosa de la inmediata posguerra «Félix Bueno» cuando en realidad era Félix Bilbao (p. 37), o decir que el Concilio Vaticano I había concluido en 1869, cuando en realidad había terminado un año después, en 1870 (p. 89). También nos hubiera gustado una mayor contextualización histórica, tanto en lo referente a la crisis de la Acción Católica española de los años 1966-68 como a los enfrentamientos entre la Iglesia y el poder político durante el Posconcilio. Sin embargo, estas pequeñas deficiencias no ocultan el acierto de la publicación, a través de la cual conocemos detalles muy interesantes.

Parece evidente que Pilar Bellosillo fue, si no la seglar más influyente en el catolicismo femenino español, sí, al menos, la española que mayor protagonismo tuvo en la Iglesia universal. Lo cual se explica fácilmente por la multiplicidad de cargos que ocupó. Ya en 1940, con tan solo veintisiete años, era Presidenta de las Jóvenes de Acción Católica, un cargo nada fácil debido a la importancia de la figura que le había precedido (María Madariaga). Era mucho el trabajo que tenía por delante, ya que la guerra había dejado prácticamente inutilizadas las instalaciones de la AC y porque la rama contaba con un alto número de afiliadas (unas cien mil, de las cuales treinta y seis mil figuraban como activas). Sin embargo, su gestión fue de una gran efectividad y por ello seis años después, en 1946, pasaba a la rama adulta, siendo nombrada primero vicepresidente y, finalmente, presidenta (1952), con tan solo treinta y nueve años. Se confirmaba así una meteórica carrera que se prolongaría por varias décadas más. En ese sentido, Mary Salas y Teresa Rodríguez de Lecea consideran que como Presidenta de las Mujeres de Acción Católica protagonizó tres grandes logros: los Cen-